

## *España espera su hora*

# LOS PUNTALES DEL REGIMEN DE FRANCO SE QUIEBRAN

---

— 1 —

**S**I, España espera su hora, la hora de su liberación. Ningún español consciente espera ni desea una nueva guerra civil; pero quienes por ello piensen que el pueblo español se resigna a la esclavitud que le impone el franquismo, se equivocan totalmente. El proceso de descomposición del régimen continúa y se acentúa. La oposición que la existió de siempre, se siente hoy más esperanzada que nunca, al ver que el malestar ha ganado ya todos los sectores del país; al comprobar que las fuerzas que alumbraron la dictadura y que con su decidido apoyo la han mantenido en pie, se alejan cada día un poco más del régimen y engrosan las filas de la oposición, y al contemplar que la juventud universitaria, los intelectuales y las nuevas fuerzas políticas y sociales que se estructuran en España, se manifiestan abiertamente contra el régimen franquista y preparan la sucesión. El silencio que creen advertir en España a la hora actual quienes no son capaces de auscultar los latidos del pueblo español, no es el silencio de la resignación, sino el silencio de la espera. En España todos esperan lo que desean que llegue. Y lo que esperan, llegará irremisiblemente.

El momento parece pues, indicado para examinar la evolución que han sufrido los principales sostenes del régimen, los factores que han contribuido a convertir en explosiva la situación presente de España y las perspectivas que se ofrecen a quienes esperan.

### SIMBOLICO COMENZAR

Primero de octubre de 1936. En un barracón del aeródromo militar construido en la dehesa de San Fernando, a 34 kilómetros de Salamanca, propiedad del ganadero Antonio Pérez Tabernero, enclavada

en el partido judicial de Matilla de los Caños del Río, un puñado de militares — los generales Cabanellas, Queipo del Llano, Orgaz, Gil Yuste, Mola, Saliquet, Danvila y Kindelán, y los coroneles de Estado Mayor, miembros de la Junta de Defensa, Muntaner y Moreno Calderón — designaron a Franco, allí presente, generalísimo de los Ejércitos y jefe del Estado. Lo designaron a propuesta de Kindelán y con el voto en contra de Cabanellas.

Cuatro días después de esa exaltación, el Caudillo se trasladó a Salamanca, donde fijó su residencia oficial. El entonces obispo de aquella diócesis, monseñor Pla y Deniel, se apresuró a ofrecerle su palacio. Y Franco instaló en el palacio episcopal su cuartel general de operaciones y su residencia de jefe del Estado. A partir de ese momento, y ante la mirada atónita de los salmantinos, el palacio del representante de la Iglesia católica fué custodiado por la extraña y abigarrada guardia mora. ¡Curioso contraste, en verdad!

La colaboración del obispo con el caudillo de la rebelión, que comenzó de esa manera, fué cada día mayor. Franco se la ha recompensado con extraordinaria largueza: el entonces obispo de Salamanca es hoy cardenal primado, arzobispo de Toledo.

Lo sucedido en Salamanca tenía una profunda significación simbólica: Franco debía todos sus poderes a un puñado de generales; pero, al mismo tiempo, era prisionero de la Iglesia. Lo que sería la España futura, la España franquista, se anunciaba ya en Salamanca, con la intervención de generales y obispos, como una dictadura teocrática y militar. Y así ha sido.

## PRUDENCIA MONARQUICA

Franco, como acabamos de ver, fué designado jefe del Estado por unos cuantos generales rebeldes. Y, al decir de uno de ellos, justamente de quien le propuso, del monárquico Kindelán, su designación fué provisional, sólo para el tiempo que durase la guerra de «liberación», pues según lo convenido, al día siguiente de la victoria se restauraría la monarquía en la persona de don Juan. La guerra terminó oficialmente el 1.º de abril de 1939. Franco continuó siendo generalísimo de los Ejércitos y jefe del Estado. La monarquía no fué restaurada.

Meses después, estalló la guerra mundial. Los generales monárquicos pusieron sordina a sus pretensiones. Es que creían en el triunfo de Hitler, y Hitler era el protector de Franco. Había que ser prudente... por si acaso. Pero cuando la guerra avanza y nadie duda ya del triunfo de los aliados, ocho tenientes generales con mando — Luis Orgaz, Alfredo Kindelán, Fidel Dávila, Andrés Saliquet, José E. Varela, José Monasterio, José Solchaga, Miguel Ponte — «los mismos, con variantes en las personas, algunas impuestas por la muerte, que hace cerca de siete años, en un aeródromo de Salamanca os investimos de los poderes máximos en el mando y en el del Estado» — como decían en el documento, poco conocido, de 8 de septiembre de 1943 — se dirigen a Franco para decirle si no estima llegado el momento, como ellos así lo consideran, «de dotar a España de un régimen estatal que él (el Generalísimo), como nosotros, añora, que refuerce el Estado con aportaciones unitarias, tradicionales y prestigiosas, inherentes a la forma monárquica» Franco estimó, por el contrario, que había

que esperar hasta ver cómo terminaba la guerra. Creía, claro está, que terminaría con una paz negociada y que Hitler se salvaría. Salvándose su padrino, Franco no tendría nada que temer de los generales monárquicos... La guerra terminó. Su protector desapareció entre los escombros de la Cancillería de Berlín; pero Franco continuó siendo generalísimo de los Ejércitos y jefe del Estado. La monarquía no fué restaurada. Los generales monárquicos, no obstante, enmudecieron.

Estamos en 1958. Franco ha celebrado el veintitún aniversario de su exaltación al Poder, y sigue siendo generalísimo de los Ejércitos y jefe del Estado. Los generales monárquicos se han ido muriendo o han pasado a la reserva. La monarquía no ha sido restaurada. Espera, sin duda, a que el Caudillo se digne retirarse voluntariamente. ¡No conocen al Caudillo! Franco no se retirará voluntariamente.

### EL EJERCITO EN LA POLITICA

La intervención del Ejército en la política es uno de nuestros males endémicos, mal que hemos exportado a Hispanoamérica y que, como puede comprobarse, en otros continentes también se han contagiado de nuestro mal. Ciertamente ha habido militares que se han sublevado por la libertad, pero no es menos cierto que esa política de caudillismo cuartelero ha herido de muerte al poder civil y ha destruido la esencia de la institución militar.

Respecto a la intervención de los generales en nuestra política, nada más curioso que el debate que se entabló en las Cortes Constituyentes del 69-70, con motivo del voto de gracias al Gobierno Provisional, presidido por el general Serrano, y de confianza para que continuara al frente de los destinos del país. «Vosotros nombráis al general Serrano presidente del Gobierno definitivo — dijo Emilio Castelar — porque el general Serrano tiene una gran influencia en el Ejército. Esto me duele, porque da a vuestras revoluciones cierto aspecto militar que no deben tener. Nadie, y quisiera que el general Serrano no escuchara esto, nadie como yo, absolutamente nadie como yo, admira al Ejército español. Cuando los hombres más ilustres de Europa me han dicho que se sublevaba muchas veces, yo les he dicho: pues precisamente esa es su gloria. Sublevación fué la de Daoiz y Velarde, que no reconocieron la alianza francesa con los Borbones y nos dió la honra de la patria y resucitó todas las nacionalidades europeas; sublevación fué el hecho de Riego, y aquella sublevación difundió el régimen constitucional por toda Europa y produjo el hecho capital de nuestro siglo: la independencia de América; sublevación fué la del sargento García, y merced a aquella sublevación renació en nosotros el sistema constitucional; sublevación fué la de Espartero, y merced a ella abolimos los diezmos y dimos el golpe de gracia al poder político de la Iglesia; sublevación fué la de O'Donnell, y merced a ella comenzó este torrente democrático que hoy nos impulsa; sublevación ha sido la del general Serrano, la del brigadier Topete y la del general Prim, pero merced a esta gran sublevación, la monarquía se ha hecho imposible en nuestra patria. Miradas así, a la luz de las leyes positivas, quizá sean faltas graves; pero miradas a la luz eterna de la conciencia que bendice a los héroes de la libertad, esas sublevaciones son los grandes jalones que van señalando el progreso de España.